



**Homilía pronunciada por S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino,  
Arzobispo de La Habana, en la Misa de Clausura de la  
XXXI Asamblea Ordinaria del Consejo Episcopal Latinoamericano, (CELAM).**

**S.M.I. Catedral de La Habana,  
13 de julio de 2007.**

Queridos hermanos y hermanas:

Concluía la V Asamblea General del Episcopado Latinoamericano en Brasil el pasado 31 de mayo a los pies de Ntra. Sra. Aparecida, en la imponente Basílica que guarda su imagen bendita. Era la Festividad de la Visitación de la Virgen María a Isabel, a la cual llega grávida de Dios para proclamar que el Poderoso ha hecho obras grandes en Ella.

En verdad la Encarnación del Hijo de Dios en María es la acción culminante de la Historia de nuestra Salvación. María, que por obra del Espíritu Santo llevaba en su seno a Jesús, el Salvador, no podía dejar de comunicar su gozo, quería anunciarlo para que otros participaran de su felicidad; se puso en camino y subió a la montaña al encuentro de su pariente Isabel. María es figura de la Iglesia, es decir, la Iglesia se ve reflejada en María y debe llegar a

ser como Ella: portadora de Cristo, que se pone en camino y sube la cuesta de la historia proclamando el gozo de Jesucristo que vive en nosotros y que nos envía Él mismo a anunciarlo al mundo entero, hasta los confines de la tierra. De esto tomó honda conciencia la Iglesia de América Latina y el Caribe reunida en Aparecida. La Lectio continua nos presenta justamente hoy a un hombre convocado y enviado por Dios con una misión, desconocida en sus contornos, misteriosa en su realización final.

Nos narra el libro del Génesis la puesta en marcha de Jacob, a quien Dios le indica que no tema partir de Canaán para ir a Egipto. Los antecedentes de esta historia se encuentran en otra partida, cuando Dios dijo a Abraham, el abuelo de Jacob, que dejara el país de sus padres y fuera a buscar otras tierras que serían pobladas por su descendencia. Abraham, viejo y sin hijos, fiado en la promesa de Dios, partió con sus familiares y sus ganados, y se asentó en Canaán. Allí se cumple la promesa del Señor y tiene un hijo, Isaac, que fue el padre de Jacob.

Pero he aquí que Jacob, ya viejo, en medio de una hambruna que devastaba la región, es invitado por su hijo José, que está en Egipto, a que vaya con sus hermanos a establecerse a esa tierra. De nuevo interviene Dios para asegurarle a Jacob: *“No temas... yo bajaré contigo a Egipto...”*. Se le presenta como *“el Dios de tu padre”* y le hace una promesa: *“yo haré de ti un gran pueblo”*. Todo se hace

ahora más confuso, pues Jacob se hallaba viviendo ya en la tierra de Canaán, la que Dios había prometido a sus antepasados, y debe dejarla para ir a un sitio donde, según palabras de Dios, su hijo José le cerraría los ojos, ¿Cómo llegarían a constituir sus descendientes un gran pueblo si su viaje no tenía marcha atrás? Mas, fiado de nuevo en la promesa de Dios, Jacob partió. Entronca así la historia de Jacob con el andar impreciso de Abraham. Si recorremos la historia de la Salvación y la trayectoria bíblica de sus personajes, hallaremos siempre un continuo partir, un desinstalarse para ir más adelante, fiándose sólo en la promesa de Dios, en su Palabra.

La iniciativa desconcertante de Dios, la desinstalación y más tarde la dispersión jalonarán también la marcha del nuevo pueblo de Dios que es la Iglesia, comenzando por María que, siendo Virgen, fiándose en la promesa de Dios, concibió en su seno, por obra del Espíritu Santo, al Salvador del mundo. Hemos visto como también María, feliz por las maravillas que Dios obraba en Ella se puso en camino para proclamar el gozo de la Buena Noticia. La Iglesia comparte así la herencia de convocaciones, promesas y marchas del Pueblo de Dios en el Antiguo Testamento. Ella también se apoya en una Palabra dirigida a sus discípulos por Jesucristo el Señor, que es promesa y envió: *“Yo estaré con ustedes siempre... vayan al mundo entero y anuncien la Buena Noticia”*. En esto halla la Iglesia su realización plena y feliz.

Viene aquí a mi memoria el recuerdo reciente del testimonio que, en la sesión conclusiva de la Reunión de Aparecida, dio un sacerdote sobre nuestra última Conferencia General. Se expresó así el presbítero: “en la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y Caribeño la Iglesia de América Latina y el Caribe se ha reencontrado”. Esto ha sido efectiva y afectivamente cierto en cuanto a la colegialidad episcopal, pero además teológicamente exacto, porque la Iglesia se reencuentra cuando vuelve a sus orígenes y fundamentos. Allí halla su ser profundo. Y en frase de Pablo VI, tantas veces repetida por Juan Pablo II, se expresa escueta y claramente que *“la Iglesia es misión”*, etimológicamente misión, que significa envío, históricamente misión, porque en el largo camino de dos milenios, en repetidas ocasiones, la Iglesia se ha vuelto sobre sí misma y sobre su ser y fijando su mirada en Jesucristo, ha acogido su mandato evangelizador y se ha puesto en marcha de nuevo, escrutando los signos de los tiempos, a fin de comenzar una y otra vez y comenzar siempre a partir de Jesucristo, que la envía y a quien tenemos que anunciar. Esto nos lo hemos propuesto decididamente en Aparecida los Pastores de América Latina y el Caribe.

Con cuánta precisión de situaciones y circunstancias difíciles envía el Señor a sus discípulos a la misión en la lectura evangélica de San Mateo que hemos escuchado hoy; Él les diseña incluso una simple

estrategia: cuando los persigan en una ciudad, váyanse a otra. Hay también una invitación de Jesús a la perseverancia en medio de las pruebas.

En el momento en que Mateo pone por escrito estas palabras de Jesús, ya mucho de lo que el Señor había anunciado está produciéndose, se dan persecuciones y acciones violentas contra la Iglesia que llegan hasta el martirio. De hecho los discípulos son enviados a correr un riesgo, irán como corderos en medio de lobos, pero se apoyarán como Jacob y los antiguos patriarcas y profetas en una promesa del Señor. Cuando se vean cercados y hostigados Dios mismo pondrá sus palabras en sus labios y podrán resistir al mal sostenidos por el Espíritu Santo.

Esta fue, ha sido y será la condición del seguidor auténtico de Cristo. La conflictividad, a veces violenta, manifiesta el estatuto del discípulo de Jesús, que no es más que compartir el destino histórico de su Señor. La Cruz marca la vida del evangelizador. La misión y el anonadamiento del misionero se reclaman mutuamente. En esta etapa evangelizadora que inaugura ahora la Iglesia en América Latina y el Caribe, fruto de la Conferencia de Aparecida, en que todos, obispos, sacerdotes, diáconos, personas consagradas y laicos queremos ser, sabernos y sentirnos discípulos de Cristo, debemos aceptar el Código riesgoso del discipulado. No podemos volver la vista atrás ni mirar hacia otros sitios, las situaciones de

cristiandad, de Iglesia instalada, aceptada y escuchada con reverencia no existen ya en ningún lugar. Es el momento de dejar falsas seguridades para partir en misión. No nos reunimos en Aparecida para hacer declaraciones contundentes, para condenar a unos o a otros, para acopiar fuerzas y mostrar al Continente algún poder religioso, social o político. Nos reunimos con el propósito de reconocernos discípulos de Jesucristo, enviados por Él para que nuestros pueblos tengan vida en Él. Es así como la Iglesia reencuentra su ser profundo, su misión.

En nuestra V Conferencia la Iglesia que está en América Latina y el Caribe analizó situaciones realmente difíciles que pueden hallar los discípulos de Cristo al desplegar su misión. Los lobos rapaces a que se refiere Jesús, cercan siempre el rebaño del Señor y pueden cambiar su pelaje según las épocas, pero permanecen esencialmente los mismos.

Con persecuciones, violencias o dificultades de estilo tradicional o moderno la Iglesia deberá lidiar siempre. No se trata en todas partes de eliminación física de cristianos, aunque la cuota de mártires sigue presente en varios lugares del mundo. Como regla general no se da tanto hoy una lucha frontal contra la Iglesia en sí misma, sino más bien un intento incisivo de horadar la cultura cristiana y las tradiciones de los pueblos que se sustentan en la fe católica: se pretende así sustituir una concepción del mundo y del hombre

basada en la ley natural por un extraño código de derechos que contiene paradójicamente la manipulación de la vida humana con fines supuestamente científicos, la eliminación de la vida que hace eclosión en el seno materno, según una llamada “libertad para elegir” y, siguiendo esta lógica, se puede llegar a decidir también sobre la vida de los “inútiles”, ancianos, enfermos terminales, discapacitados, etc. La familia, núcleo fundante de la sociedad, resulta amenazada en su misma esencia cuando se deja de definir el matrimonio como la unión de un hombre y una mujer, y así podríamos enunciar un rosario interminable de despropósitos.

Toda esta orquestación organizada supranacionalmente, siguiendo al parecer una ideología difusa, tiene una evidente dirección general que no da a menudo la cara y usa como ejecutores a organismos internacionales, organizaciones privadas de ayuda, compañías transnacionales, etc., asociados todos de manera efectiva para influir en parlamentos y centros de decisión nacionales e internacionales, utilizando ampliamente los medios de comunicación, de modo que las leyes y ordenamientos jurídicos sean cambiados a favor de esa encubierta ideología, no ciertamente a favor del hombre.

La situación difícil u hostil que Jesús describió a sus discípulos para la realización de su misión presenta hoy este rostro. Pero es también válida para estos tiempos la recomendación pastoral que hacía Jesús

a sus enviados: actúen con la cautela de la serpiente y con la mansedumbre de las palomas.

Todo ese entramado adicional de corte subjetivista y relativista, recomendado o impulsado por ciertos centros de poder, viene a superponerse en nuestros países a los problemas propios y no resueltos de nuestros pueblos. Cito estos últimos con palabras del Papa Benedicto XVI: “*desigualdades, creciente pobreza, explotación de la tierra y de sus recursos, hambre, enfermedades, choques de culturas*”. Pretende tal vez esa sobreañadidura que olvidemos nuestros problemas reales, cuya solución reclama la solidaridad y el empeño de todos, también de los poderosos.

Dejando este juicio a los analistas de situación, cito las palabras certeras del Papa Benedicto XVI sobre el porqué de esos reclamos de falsos derechos contrarios a la naturaleza humana. Lo expresó el Cardenal Ratzinger en un discurso pronunciado pocos días antes de ser elegido al solio pontificio, el 1º de abril de 2005 ante los Benedictinos de Subiaco en ocasión de recibir un “Premio a la Promoción de la Familia y de la vida en Europa”.

Dice así el Santo Padre: “*Todo esto demuestra que no corresponde al crecimiento de nuestras posibilidades un igual desarrollo de nuestra energía moral. La mentalidad técnica confina a la moral a un ámbito subjetivo, mientras que lo que de verdad necesitamos es una moral pública que sepa hacer frente a las amenazas que se*



*ciernen sobre las vidas de todos nosotros. El peligro más verdadero y más grave está, precisamente en este momento, en el desequilibrio entre posibilidades técnicas y energía moral... Si ésta falta, o escasea, el poder que el hombre tiene se transforma cada vez más en poder de destrucción". (Hasta aquí la cita).*

Por esto, frente al mutismo ético del pensamiento actual, la Iglesia Católica emerge como voz que clama en el desierto, porque tiene el deber insoslayable de seguir alertando y despertando la conciencia del hombre de hoy para que se afiance la certeza, que afortunadamente parece ya abrirse paso, aunque de modo titubeante aún, de que el futuro del mundo depende cada vez más de las decisiones éticas del hombre. Si el laicismo a ultranza saca a Dios de la escena del mundo, las decisiones humanas pueden quedar a la deriva, sin referencia ética, pues la ética se debilita al perder su sustentación trascendente cuando se excluye a Dios. Proclamar la primacía de Dios, tal y como Jesucristo nos lo presenta, es misión propia de la Iglesia para que los pueblos todos tengan vida plena. Esto vale para el continente americano y para el mundo entero.

De esto se ocupó nuestra reunión continental de Aparecida y por ello se preocupó ante todo de poner activamente a Dios en la escena del mundo, en la trama de la vida familiar y social de los hombres y mujeres de esta parte del planeta. Sí, es cierto que miramos

realidades desafiantes de nuestro tiempo, pero lo hemos hecho con ojos de Pastores, con mirada de fe que no se detiene en los obstáculos ni planifica a partir de ellos, como quien prepara un programa de respuesta a opositores o impugnadores. En Aparecida hemos reflexionado y proyectado a partir del llamado que nos hace Jesucristo a ser verdaderos discípulos que, prendados de su persona, acogiendo su Palabra y profundamente unidos a El, cumplimos su deseo y su mandato de ir *“al mundo entero a proclamar el Evangelio”*. Y esto lo hacemos apoyados en la promesa del Señor: *“Yo estaré con ustedes siempre hasta el fin del mundo”*. En Aparecida hemos elaborado un documento para plasmar en él nuestra fe en Cristo y nuestra decisión de servirlo, llevando a nuestros pueblos, sedientos de vida espiritual, la belleza de nuestra fe cristiana y proponiéndoles la vida en plenitud que sólo Cristo puede dar, capaz de transformar y engrandecer la realidad personal y social de los hombres y mujeres de nuestros pueblos. Es un bello documento el de Aparecida, que pone en pie de misión a la Iglesia toda: obispos, sacerdotes, diáconos, personas consagradas y fieles laicos. Si los males del mundo son muchos, si al mundo le falta Dios, si los discípulos de Jesucristo debemos ser los misioneros que anuncien a nuestros pueblos al Dios que Cristo en su persona nos muestra, debemos partir como Abraham, dejando seguridades, hay que ponerse en marcha como Jacob, desinstalándonos, para

darles a los pueblos de América Latina y el Caribe lo que les falta: esa vida abundante que Cristo Resucitado alcanzó para nosotros con su muerte de Cruz. Nadie puede reemplazarnos en esta tarea, y realizándola, sentamos las bases para una humanidad mejor y más feliz en nuestras tierras latinoamericanas y caribeñas. Nuestra misión no consiste en imponer, sino en proponer, no es la de arrastrar seguidores, sino la de invitar a los hombres y mujeres de nuestros pueblos a ser discípulos de Jesucristo.

Que la Virgen María de Guadalupe, la primera discípula y misionera de Jesucristo en tierras de América, inspire nuestros empeños por anunciar a Cristo, camino, verdad y vida, a todos los hombres y mujeres latinoamericanos y caribeños y ayude y sostenga a la nueva directiva del CELAM en la preparación y coordinación de la Gran Misión Continental que iniciará esta nueva etapa evangelizadora de la Iglesia Católica en América Latina y el Caribe. Así sea.